

Un personaje dramático en Dión de Prusa

MARÍA C. GINER SORIA

En la obra conservada de Dión Crisóstomo es manifiesto el número de ocasiones en que se hace referencia a la figura de Ulises, el viejo héroe homérico. Se añade a esto que en dos de sus discursos, el LII y el LIX, una síncretis de los *Filoctetes*¹ de Esquilo, Sófocles y Eurípides, el primero, una paráfrasis del comienzo del *Filoctetes* de Eurípides, el otro, el material básico es una de las hazañas que integran la leyenda de Ulises². Pero se da la circunstancia, bien conocida, de que Ulises y su creador, además de figuras perennes de la literatura griega son parte de un mundo de ideas que desde antiguo venía siendo objeto de crítica. Inducido por su adhesión a ciertas corrientes filosóficas, por los avatares de su propia vida, y porque en la sociedad que le rodea se han actualizado líneas de opinión que muestran sentimientos antagónicos respecto a Ulises, Dión de Prusa es exponente de una actitud personal ante el héroe épico. Querriamos reunir algunas precisiones sobre la disposición del escritor de Prusa respecto de Ulises en los discursos LII y LIX, después de aproximar brevemente la cuestión.

Como nadie ignora, si bien era cierto que a Homero, más que a poeta alguno, debía Grecia valores cardinales de su ser, ello no fue obstáculo para que algunos griegos lo examinaran

1. Como es notorio, sólo nos ha llegado el *Filoctetes* de Sófocles.

2. En cuyas variantes, naturalmente, no entramos. Cf. el reciente estudio mitográfico de A. Ruiz de Elvira, "Filoctetes y Neoptólemo", *CFC*, 16 (1979-1980), 9.

con atento, a veces riguroso, espíritu de censor. Porque estimaban los poemas indeciblemente quisieron encontrar en ellos héroes sin tacha, modelos éticos, historia indiscutible, geografía exacta, ninguna contradicción, y mil perfecciones más. Seguramente por eso, desde el s. VI a. C. emergieron aisladamente indicios de decepción, consecuencia de haber deificado a Homero, que irían multiplicándose con el tiempo. Los ataques a la epopeya homérica, en un proceso que sería largo, progresivo y complejo, parten de poetas, sofistas y filósofos, moralistas, filólogos, pensadores interesados en la naturaleza de los dioses, escritores atentos a cuestiones estéticas, etc. Otras corrientes de pensamiento, no menos persistentes, buscaron argumentos para negar o justificar los aducidos fallos de Homero. Las posturas antihoméricas conocen épocas de mayor o menor encono, así como polarizaciones sobre puntos determinados de los poemas. Porque esta situación persistía, agudizada, en época de Dión, conviene aquí puntualizar algún detalle concerniente a la parte que en los ataques a Homero correspondió a uno de sus héroes más representativos, Ulises³.

El héroe favorito de Homero es una personalidad de características recias, contradictorio, una individualidad abundosa en matices. Razones por las que no podía pasar inadvertido ni ser visto con indiferencia, con la consecuencia esperable de que sus acciones tuvieran panegiristas y detractores. Dan, especialmente, pábulo a acres censuras, algunas ocasiones en que se descubren facetas abominables de su carácter: la contienda por las armas de Aquiles que tiene como resultado el suicidio de Ajax; la falsa acusación, por ruin venganza personal, contra Palamedes, a consecuencia de la cual éste es ajusticiado; el robo con vileza y engaños de las armas de Filoctetes, abandonado por él mismo, diez años antes, en una isla, afligido del insufrible dolor de su llaga pestilente; la crueldad inexorable con las mujeres troyanas después de conquistada la ciudad. Sin atender a justificaciones y excusas que atenúan su responsabilidad, algunos de sus detractores lo ven como el hombre que triunfa a toda costa recurriendo a su ingenio o al engaño, sin abstenerse de acciones de infinita bajeza moral,

³. Es capital la monografía de W. B. Stanford, *The Ulysses Theme*, Oxford, 1954.

sin escrúpulo alguno ni respeto a principios éticos. Píndaro⁴ y Eurípides figuran a la cabeza de sus infamadores en el siglo V. Los sofistas (aunque, paradójicamente, el superhombre ideal del relativismo sofístico se parece demasiado al peor Ulises y es un paralelismo que redundaría en perjuicio de éste) se emplean, como Gorgias, en la defensa de Palamedes, su víctima, o la censura de las circunstancias que llevan al suicidio de Ajax.

Dos de sus más importantes defensores de la época clásica, Antístenes y Alcídama, destacan en él los valores que lo hacen estimable, su fortaleza ante la adversidad, su tenacidad para salir triunfante de penosas situaciones, la resistencia física, su individualismo de ningún modo reñido con sus frecuentes servicios al bien común, su avisada prudencia, la agudeza de una inteligencia alerta, y su elocuencia manifiesta en usar el lenguaje adecuado a la ocasión, su disposición a soportar incluso humillaciones vejatorias si la empresa en que se empeña lo exige. Los juicios de Antístenes, en particular, como parte de la herencia cínica aceptada por los estoicos, ayudarán a contrarrestar los daños inferidos a la reputación de Ulises. La defensa de Antístenes será escudo eficaz para el héroe épico dentro del mundo griego e influirá en la estimación de los cristianos por los aspectos positivos del carácter y trayectoria vital de este varón de dolores. Puede decirse que Antístenes⁵ salvaguardó a Ulises hasta el final de la antigüedad y aún durante el medioevo. Las causas de la aceptación o rechazo de Ulises no varían en lo esencial⁶. Así, en el entorno previo y siguiente a la primera época imperial, cínicos y estoicos⁷, particularmente, continúan viendo en sus escritos a Ulises como el hombre de vagar errante⁸, ejemplo de prudencia y fortaleza, piadoso y sagaz. Pero la polémica

4. La actitud anti-Ulises de Píndaro podría proceder de Epicarmo, lo cual ampliaría el círculo de hostilidad contra el héroe homérico.

5. Cf. Stanford, pág. 96.

6. No son de mayor relieve las censuras de los alejandrinos a Ulises porque se mostraba desnudo ante Nausícaa, por la rudeza de sus modales o su lenguaje, por su apetito extraordinario y fundamentos parecidos.

7. Y los escritores afines a las doctrinas de éstos. Entre ellos recordamos a Plutarco, contemporáneo de Dion, que incluye a Ulises entre sus fidelidades a Homero.

8. Como símbolo del exiliado, Ulises está con frecuencia en la obra de los escritores forzados a vivir lejos de su patria.

mica antihomérica no cesa, antes bien, se recrudece y alcanza nuevas perspectivas en estos mismos tiempos y, en consonancia, el héroe predilecto de Homero es presentado también con sus peores defectos⁹.

No faltan en la obra de Dión huellas de los nuevos derroteros tomados por las críticas a la epopeya homérica, negando veracidad a la historia de la conquista de Troya¹⁰. Su actitud ante Ulises es la de los cínicos y estoicos, como era de esperar dada su orientación filosófica. La formación que en Roma recibiera de Musonio Rufo y sus inclinaciones personales hicieron que la proyección de sus preocupaciones éticas en discursos y conferencias fuera una constante en su actividad, pareja al cultivo de la elocuencia artística, facetas inseparables de la personalidad de Dión. Por circunstancias bien conocidas de su vida anduvo errante, a la manera de un predicador cínico-estoico. Desde que cayó sobre él la desdicha del exilio aumentó su estimación de las fatigas del sufrido rey de Itaca, presencia frecuente en sus palabras. A la influyente actitud de los estoicos, que llega a la casi idealización de la Odisea, habría que añadir, dado que es uno de los autores predilectos de Dión¹¹, el aprecio de las buenas cualidades de Ulises por Jenofonte¹².

No hay un pasaje que denigre realmente la conducta de Ulises en la obra conservada de Dión, incluso en los pocos donde se recuerda alguno de sus defectos. En el *Troyano* 17 recuerda que no es rara la falsedad en boca de Ulises, es engañoso, como Homero, su creador. Pero no se olvide que el discurso *Troyano* se monta sobre la negación de la realidad de la conquista de Troya, supuestamente revelada a Dión por un viejo sacerdote egipcio¹³. Además de que para los hombres

9. Cf. Stanford, págs. 138 ss., para la consideración de Ulises entre los autores romanos, la aversión empecinada de Virgilio, la predilección de Ovidio. Dión vivió largamente en Roma.

10. Dión mismo, en su discurso *Troyano*, divulgaba las noticias de un sacerdote egipcio, según las cuales Troya nunca había sido tomada. El discurso es sólo un ameno juego sofístico, sin aspiraciones a ser tenido por historia real. Pero no deja de ser una participación en lo que está en el ambiente.

11. Recuérdese el discurso *XVIII*.

12. En *Memorables*, I, 3, 7, elogia a Ulises que no tomaba los alimentos de Circe, en parte por consejo de Hermes, en parte por propio autodominio. En IV, 6, 15, recuerda que Homero considera a Ulises orador seguro y elocuente.

13. Ya se ha dicho que Dión no pretendía ser creído.

de la epopeya la mentira no es sino un recurso más contra el enemigo, que entra sin dificultad en el elogio de un hombre astuto. En *XIII* 4¹⁴ reprocha a Ulises su blandura y falta de dignidad cuando llora y se lamenta en la dorada prisión de la bella Calipso: “Y me acordaba de Ulises en Homero, siempre compadeciéndose a sí mismo, siendo un héroe y por tanto capaz de soportarlo, diciendo muchas veces cosas indignas de él y lamentándose de continuo a la orilla del mar. Y también dice el poeta que anhelaba ver ascendiendo el humo de su patria, aunque hubiera de morir al instante; y no lo aliviaba el recuerdo de sus antiguas hazañas, ni la bella, buena diosa, que lo amaba hasta el punto de prometerle hacerlo inmortal, sino que a todo esto superaba el amor y la añoranza de su patria”. Unas líneas más adelante anula cualquier sospecha de crítica real contra Ulises: “Todas estas remembranzas me asustaban y me obligaban a pensar que lo que me había ocurrido era cosa terrible y pesada de soportar”.

Es, en cambio, frecuente, que Ulises salga de la pluma de Dión en sus más favorables aspectos. Como Diomedes y Néstor es hombre adecuado para ejercer la realeza porque supera a los demás en inteligencia y capacidad de persuasión¹⁵. Cuando Agamenón en su prodigioso intento de poner a prueba al ejército cuenta su falso sueño, es Ulises quien endereza los inesperados, inquietantes efectos de sus palabras¹⁶. Homero destaca la prudencia de Ulises, su responsabilidad de jefe, y en especial, la oportunidad, el tacto, para obrar en una situación difícil. Repetidamente alude Dión al amor a su patria de Ulises¹⁷, celebra su prudencia¹⁸.

Si damos crédito a Filóstrato, la coincidencia de situaciones entre la vida del personaje literario y la del escritor llevó a éste a una identificación tan notable como puede sugerir la anécdota de *Vidas de los sofistas*, I, 7, 488: “Fre-

14. Se recuerda que el *Troyano* es obra de la juventud de Dión, mientras que *XIII*, *Sobre el exilio*, tal vez es de 101.

15. Cf. *or. II*, 20.

16. Según se lee en *II*, II, 188-210 y 246-332. En Dión. *or. LV*.

17. Sentimiento dominante en el desterrado que inmediatamente suscita asociación con Dión, así en *or. XLVI*, 6.

18. Las sirenas atraen con sus cantos a todos, pero el hombre prudente (Ulises) salió de sus hechizos sano y salvo y las oyó tranquilamente, *or. XXXII*, 47.

cuentaba [Dión] los campamentos militares con los harapos que solía, y percibiendo que los soldados se disponían a sublevarse por el asesinato de Domiciano, no se inhibió cuando vió estallar el desorden, sino que sin ropa, subiendo de un salto a un elevado altar, comenzó a hablar así: *Entonces el prudente Ulises se despojó de sus harapos*¹⁹, y tras decir esto, y dar a conocer que él no era un mendigo ni quien pensaban, sino el sabio Dión...". Incluso aunque la anécdota no fuera cierta si hay pasajes de la obra de Dión en que éste se identifica explícitamente con Ulises. Compara los perjuicios sufridos por su casa y hacienda, durante su larga ausencia a causa del exilio a los padecidos por Ulises²⁰. Como Ulises obedeció al mandato de Tiresias de que prosiguiera su errabundeo, así Dión, obedeciendo al oráculo délfico, prosigue en su predicación itinerante²¹. A la manera de Ulises que, descuidada su vestidura, como si fuera un siervo, entró por la ciudad de anchas calles, también se presenta Dión ante sus compatriotas con el humilde atuendo del filósofo²². Hay pasajes en los que, como al comienzo del *Euboico*²³, sin mencionarse a Ulises, el paralelo de Dión con él surge automáticamente²⁴; de modo particular, siempre que habla de los dolores y males que afligen al exiliado²⁵ o habla de sí mismo como de un mendigo vagabundo. La ingeniosidad de Dión se extrema cuando logra mostrarse identificado a Ulises por intermedio de la asimilación de Ulises a Diógenes²⁶, habida cuenta de las abundantes similitudes entre Diógenes y Dión. También, sin comparación

19. *Odisea*, XXII, 1.

20. Discurso XLV, 11.

21. En *or. XIII*, 10.

22. Cf. *Od.*, IV, 244-246. El pasaje de Dión en *or. XXXIII*, 15. En XLV, 22: "Nadie podría imaginar que un mendigo hubiera sido alguna vez un rey, y, sin embargo..., Ulises era un rey y dueño de su casa...".

23. El relato de la acogida dispensada a Dión por un cazador al llegar a Eubea recuerda la de Eumeo a Ulises.

24. Al comienzo de *or. XIX*: "Muchos amigos tienen gana de encontrarse conmigo considerando que tengo cierta ventaja sobre muchos de ellos a causa de mis errabundeos y de los reveses de mi fortuna, y las fatigas corporales que he padecido".

25. *Or. XL*, 2.

26. En IX, 9, Diógenes era injuriado como si fuera un mendigo, le arrojaban huesos como a los perros..., lo mismo que Homero dice que los pretendientes hacían con Ulises, que también sufrió intemperancias e insolencias, y Diógenes era como él en muchos aspectos. Pues él realmente se parecía a un rey y a un señor que, disfrazado de mendigo, se mueve entre sus esclavos y siervos que lo ignoran y sin embargo es paciente con ellos...

explícita, está cercana a Dión la figura física de Ulises al aludir a su estatura, no demasiado aventajada²⁷; su larga cabellera de filósofo²⁸ es otra coincidencia con la figura del héroe. En el *Elogio de la cabellera* pone a Ulises entre aquellos cuyo largo cabello alaba Homero. Sin entrar en otras poderosas razones subyacentes a la equiparación que de su persona, espíritu y función, hace Dión de Prusa con las figuras ya arquetípicas de Ulises, Sócrates y Diógenes²⁹, debe señalarse que, entre las cualidades del rey de Itaca de las que ni sus más arriscados detractores se atreven a despojarlo, hay una infinitamente estimable para un hombre del siglo II: la elocuencia y la capacidad de persuasión de Ulises probada hasta la saciedad. Así, en *or. LXXI* 3, Dión hace una amplia eulogia del talento oratorio de Ulises, ante cualquier clase de público, en cualquier circunstancia, no importa que en ese momento sea honrado como rey o tratado como un mendigo... Esto es el *desideratum* de un representante de la Segunda Sofística, Dión era tenido —y se tenía él mismo— por orador excelso: todo cuanto dijera loando a Ulises en este sentido le revertía directamente.

Parece que en los discursos *LII* y *LIX*, títulos, el primero, de una síncretis entre las tres tragedias que tratan el tema de Filoctetes, el segundo de una paráfrasis del prólogo y una escena del comienzo del *Filoctetes* de Eurípides, no habría que esperar la expresión de sentimiento alguno de Dión sobre la persona del héroe Ulises, sino juicios sobre éste en cuanto a personaje dramático en cada uno de los trágicos. Y los encontramos, desde luego. Pero no es tanta la objetividad de la labor de crítico de Dión que no pueda reconocerse su actitud favorable al héroe épico. Y, precisamente, cuando se trae a la atención del público una de las más vituperables hazañas del rey de Itaca. Ya se ha recordado que en la lista de acciones innobles de Ulises figuran en cabeza su comportamiento con

27. Cf. *Odisea*, III, 192.

28. Recuérdese *XII*, 15, a poco de volver del exilio, donde se describe como hombre flaco, moreno y no demasiado alto, con larga cabellera.

29. Remitimos a J. L. Moles, "The Career and Conversion of Dio Chrysostom", *JHS*, 98 (1978), 79, y C. P. Jones, *The Roman World of Dio Chrysostom*, Cambridge Mass.-Londres, 1978, para este interesante punto, que debemos dejar a un lado ahora.

Ajax, Palamedes, Filoctetes y las mujeres troyanas. Ninguna de ellas fue olvidada en la selección de material épico usado por los poetas como material para sus tragedias.

Ulises figuraba, a lo que parece, al menos en siete tragedias de Esquilo perdidas. Suele decirse que el héroe y el autor trágico representan interpretaciones del mundo tan dispares que sólo cabe suponer una postura antagónicamente crítica en el poeta respecto de su personaje. Lo cierto es que hay demasiado pocos fragmentos de las tragedias perdidas para asegurar nada. Dedicó Esquilo una trilogía a la leyenda de Ajax, y compuso un *Palamedes* y un *Filoctetes*. De la obra de Sófocles basada en la leyenda de Ulises, además de un *Palamedes*, perdido, compuso un *Ajax* y un *Filoctetes* que nos han llegado. En la primera de estas dos tragedias el poeta presenta un Ulises en que se mezclan crueldad y dureza egoísta en la mayor parte del drama, para terminar con una actitud digna, magnánima, podría decirse. En *Filoctetes* ha extremado Sófocles los peores rasgos del carácter de Ulises. En primer lugar encomienda al joven Neoptólemo la odiosa misión de engañar al viejo solitario, temeroso de ser reconocido; como el muchacho se resiste, lo convence con cínicos argumentos³⁰, usa con absoluto impudor de su habilidad en la persuasión para forzarlo a cometer la villana acción, robarle las armas que le proporcionan defensa y sustento, que repugna al hijo de Aquiles. Ulises se muestra carente del más insignificante sentido ético; en su actitud hay hasta cierta disimulada cobardía, lo impulsa la inflexible determinación de conseguir lo que intenta. Por contraste con Neoptólemo la vileza pragmática del alma de Ulises resulta insoportable. Sólo hay un atenuante en su conducta: el hecho de que obra en beneficio del ejército griego, que sin la presencia del viejo arquero nunca conquistará Troya. En la obra de Eurípides es manifiesta la hostilidad contra el héroe de Itaca³¹. Para él, como para no pocos, la figura de Ulises simboliza el tipo de político despiadado

30. Véase esta muestra recordatoria, en vv. 81 ss.: "Es muy dulce tesoro conseguir una victoria, atrévete. Ahora, durante un breve espacio del día, entrégateme al impudor. Y luego, durante el resto de tu vida, proclámate el más honesto de todos los hombres".

31. Salvo en el *Ciclope*, que sepamos. Pero la naturaleza de la pieza satírica lo pone aparte.

que pone en práctica los peores recursos de la mentalidad sofisticada, excusa sus acciones con el bien del Estado y satisface a cualquier precio su ambición de poder. Está presente Ulises en *Hécuba*, ajeno a toda piedad cuando ha de inmolarse a Polixena. En el *Reso*, a pesar de que está más cerca del héroe épico, sus hazañas sufren de su baja calidad moral. No aparece como personaje en *Troyanas* e *Ifigenia en Aúlida*, pero en la primera por su consejo se lanza al pequeño Astianacte desde lo alto de la muralla, en la segunda amenaza a los reyes griegos, indecisos en sacrificar a Ifigenia, con denunciarlos al ejército desesperado por la inacción. Compuso también Eurípides un *Palamedes* que, con el *Filoctetes*, ponía en el haber del dramaturgo el desarrollo escénico de las más odiosas acciones de Ulises. Aunque desconozcamos casi todo del tratamiento dado a Ulises en las tragedias de Eurípides, la figura del héroe se resentirá siempre, incluso pasadas las fronteras de la antigüedad, de la aversión del poeta, que lo presentaba como un intrigante abyecto, sin código moral, desprovisto de sentimientos.

Este era el Ulises de los tragicógrafos. Alguien que leyera los tres dramas en una sola sesión, como Dion dice haber hecho, difícilmente no habría sido influenciado por la imagen de Ulises que de ellas emerge. Sin embargo, algo muy distinto consigue el hábil rétor en su comentario comparativo³² de los *Filoctetes*. La tarea del crítico en *or. LII*, básica para la comparación de las tres piezas que Dion se propone exponer, es reseñar los aciertos o fallos, las excelencias o debilidades detectables en las obras teatrales desde un punto de vista mayormente estético y literario, no emitir juicios morales sobre los personajes. Y, en el caso de que se permitiera hacerlo, parece que sólo podían ser condenatorios de Ulises, si se reflejaba con fidelidad el pensamiento de los autores. Dion es casi siempre disciplinado a las normas del género que cultiva, examina las partes de cada tragedia desde criterios de la *Poética*, parece inocente de toda manipulación en la paráfrasis que ofrece en *LIX*. Vamos a ver que aun cuando ambos opúsculos son muy breves, la economía en la descripción com-

³². Sobre la valoración comparativa sigue siendo útil F. Focke, "Synkrisis", *Hermes*, 58 (1923), 327.

parativa, notable, y variados los temas de indagación atendidos, la defensa de Ulises es un objetivo nunca descuidado.

“Presentaba Esquilo, dice Dión³³, un Ulises sagaz y taimado”; y añade: “como era cosa usual en su tiempo, pero muy distante de los malos hábitos de ahora, de suerte que, en realidad, podría parecer hoy anticuado...”. De modo que la marrullería y la trapacería engañosa no eran un pecado exclusivo de Ulises, sino proceder corriente entre los héroes épicos; argumento, por otra parte, de veracidad probada y reconocida. Más adelante³⁴, continúa: “Además, las argucias de Ulises ante Filoctetes y las historias con las que busca atraérselo, no sólo son muy convincentes y adecuadas a un héroe, bien distintas a las de un Euríato o un Patecion, sino, a mi entender, también muy verosímiles”. Es cierto que Dión está hablando del personaje teatral, pero, inevitablemente, sus juicios se reflejan sobre el Ulises homérico; efecto que se potencia con la mención de Euríato, modelo proverbial de traidor pérfido y trapacero, y Patecion, malhechor famoso también proverbial, a los que de ningún modo se asemeja Ulises³⁵. Lo que sigue no hace sino aumentar el halo favorable en que está envolviendo al héroe³⁶: “Y el contarle [a Filoctetes] Ulises las calamidades de los aqueos, que Agamenón había muerto y Ulises se encontraba bajo la más vergonzosa acusación³⁷, y el ejército en situación muy apurada, no sólo es un artificio útil para alegrar a Filoctetes y que admita mejor la compañía de Ulises sino...”. No cabe duda de que el personaje dramático ha salido de las manos de Dión envuelto en la dignidad de que lo dota Homero. Ya se ha dicho que tenemos pocos datos acerca de la estimación de Ulises por Esquilo, y muy escasos fragmentos del *Filoctetes*³⁸, pero no es aventurado suponer que lo trataba, al menos, con severidad. Conviene hacer notar la extensión, proporcional-

33. En *LII*, 5.

34. Cf. *LII*, 9.

35. Eran ya tipos legendarios, de indiscutible antigüedad, pero de origen prácticamente desconocido, en el siglo IV.

36. En *LII*, 10.

37. Otra huella de Esquilo en el *Filoctetes* de Eurípides (sabido es, que en varios aspectos le sirve de modelo) es que Ulises utilice engañosamente en su provecho reales o supuestas malas acciones del propio Ulises.

38. Escasos y poco significativos, cf. H. J. Mette, *Der verlorene Aischylos*, Berlín, 1963, págs. 103-106.

mente amplia, concedida por Dión al personaje en la sección del opúsculo relativa a Esquilo.

En el comentario valorativo de la tragedia euripídea de nuevo Ulises se lleva la parte del león. Comienza Dión elogiando a Eurípides (cuyos modos literarios son polarmente opuestos a los de Esquilo, dice) por la verosimilitud y realismo de su tragedia y, sobre todo, por su afinidad con el lenguaje de la elocuencia y las sutilezas retóricas. Y, como ilustración de lo que afirma, continúa: "En el comienzo de su *Filoctetes*, en efecto, aparece Ulises recitando el prólogo³⁹ y dando vueltas entre sí a reflexiones de carácter general, y preocupado, en primer lugar, por sí mismo, ante el temor de que considerado por la gente sabio y singular en su ingenio, no fuera todo lo contrario. Pues cuando le sería posible vivir sin riesgos ni agobios, por su propia voluntad se halla de continuo en dificultades y peligros. La causa es, según dice, el afán de honores propio de varones de grandes dotes y noble origen. En efecto, ansiosos de fama y de ser ilustres a los ojos de todos, se someten voluntariamente a las mayores y más difíciles empresas. *Pues nada ha nacido tan orgulloso como el hombre*". Es el Ulises de esta presentación un hombre agobiado, inseguro de su propia valía, ansioso por mantener la fama que ha conseguido por sus hazañas, actitud bien excusable en un héroe épico. ¿Es que podría existir el mundo heroico a que Ulises pertenece sin ese afán de gloria propio de varones de grandes dotes y noble origen? La ambición personal del guerrero se excusa en la constricción que nace de su mundo de valores. Con alguna mayor amplitud Dión repite en el comienzo de la paráfrasis del *Filoctetes* de Eurípides que es el discurso LIX las reflexiones de Ulises y su angustia por seguir mereciendo la admiración de los griegos. Nadie podría tener por sabiduría y sensatez esa pasión que incita al hombre⁴⁰ a exponerse a innecesarios riesgos. Pero no es el ansia de gloria el único motivo que lo impulsa a actuar. Hay otras razones, poderosas, que excusan, si no justifican, su conducta con Filoc-

39. Después hará un resumen del plan de la obra, según leemos en la paráfrasis de LIX.

40. Parafrasea luego el verso que en LII, 12, cita literalmente. Dión ha debido de hacer una cuidadosa selección de lo que debía figurar en la paráfrasis y se atiene a ella.

tetes en la tragedia. Héleno, adivino hijo de Príamo, cautivado, ha revelado que Troya sólo caerá con la ayuda del viejo arquero y sus armas. Ulises conoce el secreto plan de enviar una embajada troyana para ganarse a Filoctetes e impedir la conquista de la ciudad. Ulises mismo renunció, al principio, a la empresa, porque nunca creyó posible encontrar argumentos bastante persuasivos para traer a Troya, por convencimiento, a Filoctetes que lo odiaba a muerte. Y, por último, Atenea le ha aconsejado en sueños que vaya a Lemnos sin temor, porque ella lo disfrazará haciendo que el viejo no lo reconozca. Tal como se presentan los hechos en la paráfrasis, Ulises no podría haberse negado a cumplir la peligrosa misión cuando el bien común de los griegos le exigía arriesgarse y la voluntad divina lo señalaba sin ambigüedades. Si, por otra parte, sabe que no valdrán razonamientos persuasivos para despertar el patriotismo del viejo, no queda otra cosa, evidentemente, sino recurrir a la astucia, a la fuerza, o a la una y la otra. Cuando aparece el viejo, Ulises se supera a sí mismo como urdidor de engaños: finge ser un guerrero griego tremendamente agraviado por los mismos griegos, perseguido a muerte, una víctima indirecta del más odioso de los crímenes de Ulises, la calumniosa denuncia contra Palamedes que ha llevado también a la muerte a todos sus amigos, salvo el que ha podido huir, como él. La ironía de la situación era capaz de inducir a un público griego, que disfrutaba siempre de un buen engaño, a olvidar, de momento, la calidad moral del personaje. Y Díón no pretendía otra cosa.

En *LII* 15, tras de un apresurado paralelismo comparativo entre la tragedia de los tres poetas, se lee: "Sófocles emplea la más excelente y verosímil disposición de los hechos cuando presenta en su tragedia a Ulises acompañado de Neoptólemo, puesto que está decretado que Troya sea conquistada por Neoptólemo y Filoctetes usando las armas de Heracles; hace que Ulises se quede oculto mientras envía a Neoptólemo para que sugiera a Filoctetes lo que ha de hacer. Primero, pues, es un acierto de Sófocles el tratamiento de la acción. En segundo lugar, es Sófocles quien pone a Ulises en escena quedándose escondido, es invención de Sófocles enviar a Neoptólemo ante Filoctetes para persuadirlo de volver a Troya. Debidamente

aleccionado en cuanto a lo que debe decir, aleccionado arteramente por Ulises, extremos que no se precisan. En lo que Dión escribe a continuación, el método usado para mitigar lo abominable de la conducta de Ulises es el que ya conocemos: "Ha dado Sófocles a sus personajes caracteres admirablemente dignos y propios de hombre libre⁴¹, el carácter del Ulises de Sófocles es mucho más afable y llano del que le presta Eurípides...". Apenas cabe un medio más hábil de evitar un juicio denigratorio de Ulises. Lo que resuena en la mente del auditorio es "digno", "propio de hombre libre", "amable", "franco"; aunque la mayoría de los oyentes conocerían las tragedias, la conferencia se aproxima a su fin dejando esta imagen de Ulises. Y la verdad es que el Ulises de la tragedia de Sófocles es un ser arrogante, desprovisto de freno moral, corruptor del alma pura de Neoptólemo, cínico incluso, amparado en la razón suprema de su autoridad como salvador del ejército griego, casi podría decirse que cobarde. Añádase la sutileza de Dión, que pasa casi inadvertida: el Ulises de Eurípides era un hombre mucho peor que el de la tragedia de Sófocles. Nada de esto sugieren las palabras de Dión, ni siquiera cuando, en medio de cálidos elogios al hijo de Aquiles, recuerda que en el drama Neoptólemo se apodera con engaños de las armas de Filoctetes persuadido por los especiosos razonamientos de Ulises y luego se las devuelve contraviniendo la prohibición de éste. La terca renuncia del arquero sordo a todos los intentos de persuasión hasta el punto de ser necesaria la aparición de Heracles para obligarlo, cosa que Dión no deja de recordar, está justificando, indirectamente, la conducta de Ulises.

Parece claro que en estas dos breves piezas oratorias, seguramente muy próximas en su redacción, Dión de Prusa ha mantenido su habitual postura favorable al rey de Itaca. El género a que pertenecen los opúsculos, síncriisis y paráfrasis básicamente escolares revestidos de dignidad literaria, le ha proporcionado ocasión para mostrarse una vez más, sin restar atención a los varios ingredientes canónicos de cada una,

41. Es la traducción literal. Suele verse la palabra por "noble", pero creemos que Dión ha querido jugar aquí con el sentido original, que alude al hecho, evidente de toda evidencia, de que Ulises, héroe y rey de Itaca, no es un esclavo.

dentro de la línea que cínicos y estoicos defendían en la estimación de Ulises. Su repetida identificación con el héroe épico, más intensa desde que conoció él mismo los sufrimientos del exilio, le inducían a resaltar las facetas del carácter que todos admiraban y a ennoblecer, en lo posible, los móviles de sus hazañas más repudiadas. Y, paralelamente a esta serie de estímulos, la defensa de las acciones indefendibles de Ulises era un reto en verdad incitante. Manejar tres piezas de los grandes trágicos clásicos en las que aparecían aspectos ignominiosos de las acciones de Ulises y obtener de ellas una digna estampa del personaje, era un éxito gratisísimo para un sofista refinado. Sin parecer pretenderlo directamente, había conseguido una cautelosa eulogía de Ulises, cuando tenía delante la triple condena de una de sus actuaciones más detestables. Logro que sus oyentes, avezados conocedores de apologías alambicadas en que parecía desesperado todo intento de defensa, estimaban en todo su valor.